

JL1298

.N3

SA

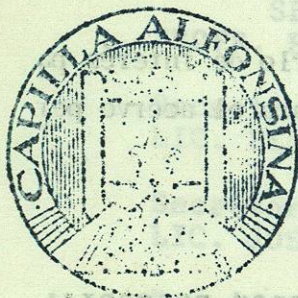


10241800201
PATAFINAS PRIVAS

Con el presente cuaderno, esperamos ofrecer al
trabajador Universitario, la información más
necesaria sobre los programas políticos re-
volucionarios - 1929 - 1964 - enunciados en el
Nacionalismo Mexicano.

Este trabajo fue realizado por el investigador
Rafael Segovia y editado por el Centro de Estu-
dios Internacionales del Colegio de México.

En él se señalan los actores y procesos que
en el transcurso del tiempo van teniendo los
Programas de los Partidos Oficiales.



FONDO UNIVERSITARIO

154267

RAFAEL SEGOVIA

EL NACIONALISMO MEXICANO

Los programas políticos revolucionarios (1929-1964)

Rafael Segovia

Las investigaciones sobre el nacionalismo y especialmente las del nacionalismo mexicano han padecido "del contorno frecuentemente ambiguo del fenómeno nacionalista".¹ Ello ha llevado a que bajo una sola palabra —nacionalismo— se adunen los contenidos más variados y disímolos, llegándose a las conclusiones más opuestas sobre lo que se estima una sola materia. Esta imprecisión del vocabulario le permite a Gerhard Masur considerar al nacionalismo mexicano posrevolucionario un "nacionalismo integral",² mientras que Whitaker³ lo considera *contained*, es decir, refrenado o contenido.

A pesar de esta disparidad de apreciaciones, los historiadores norteamericanos han coincidido en varios puntos. Siguiendo las ideas sobre todo de F. Tannenbaum,

¹ Raoul Girardet, *Étude comparative des nationalismes contemporains*, Serie No. 1, *Rapport introductif*, p. 1. Association Française de Science Politique (mimeografiado).

² *Nationalism in Latin America*. The Macmillan Co., Nueva York, 1966, p. 76. Resulta de verdad difícil buscar un punto cualquiera de contacto entre el nacionalismo barresiano, o sea, el auténticamente integral y fundado en el culto del ejército, de la revancha, del territorio amputado, de la religión y de los caídos por la patria, con el nacionalismo mexicano, tan comedido en el manejo de esos símbolos.

³ Arthur P. Whitaker y David C. Jordan, *Nationalism in Contemporary Latin America*. The Free Press, Nueva York, 1966.

admiten que: a) el nacionalismo en México es principalmente consecuencia de la Revolución de 1910, llegando a considerar a la Revolución como el único agente del fenómeno nacionalista; b) los artículos constitucionales 27 y 123 son la manifestación más clara y elevada de dicho fenómeno; c) el arte (sobre todo la novela revolucionaria y el muralismo) es la expresión más lograda; d) la expropiación petrolera fue el punto culminante de una corriente ascendente que se origina en la época carrancista; e) todo fenómeno social, político, económico, educativo o religioso es entre 1910 y nuestros días, un acto nacionalista.⁴

Los estereotipos de los investigadores norteamericanos coinciden plenamente con una versión "oficial" y también estereotipada mexicana. Los escritores mexicanos no suelen, por el contrario, participar de esas ideas⁵ y sus apreciaciones distan mucho de ser unívocas o unitarias: su nacionalismo —en la medida en que son nacionalistas— varía con las familias políticas a las que pertenecen o con su temperamento. Aunque la forma revolucionaria expresada por el Estado sea la dominante, hay otros tipos de nacionalismo disidentes y aun opuestos.

En el presente trabajo sólo vamos a seguir —y de ma-

⁴ Estando ya en prensa este trabajo aparece el libro de Frederic C. Turner *The Dynamic of Mexican Nationalism*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968, que se enfrenta al nacionalismo mexicano utilizando por primera vez fuentes que no son las ascendidas por sus predecesores.

⁵ Véase, por ejemplo, el ensayo de don Daniel Cosío Villegas "Nacionalismo y desarrollo". *Ensayos y Notas*. Hermes, México, 1966; vol. I, pp. 387-409 donde rechaza los modelos utilizados para el estudio de los nacionalismos europeos y norteamericanos, por inservibles para la comprensión de los nacionalismos latinoamericanos. Creo que, siendo en términos generales admisible este rechazo, debe hacerse una excepción tanto con los trabajos de la Asociación Francesa de Ciencia Política (desgraciadamente aun no publicados) como con las guías de investigación de K. H. Silvert y Frank Bonilla, publicadas en el apéndice de *Expectant Peoples: Nationalism and Development*. Kalman H. Silvert (ed.), Random House, Nueva York, 1963.

nera incompleta— algunas de las manifestaciones nacionalistas de los programas revolucionarios, dejando intencionalmente de lado la historia y evolución del sentimiento nacional (patriotismo). Nuestro interés radica, pues, en el presente y en el pasado más inmediato, que situamos de manera arbitraria en la fundación del Partido Nacional Revolucionario.

Si se busca en los programas, planes y plataformas políticas de los partidos mexicanos cómo se enfoca a los elementos constituidos de la nación, territorio, pueblo y lengua,⁶ resulta significativo el no encontrar mención alguna del primero de ellos.

Las fronteras actuales son aceptadas como fronteras fijadas, permanentes y seguras. Las desviaciones del curso del río Bravo son motivo de una inquietud que no trasciende más allá de las puertas de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que muy de vez en vez es tema de la prensa periódica. El Chamizal, Belice, no han levantado entusiasmo alguno con su adquisición o con la renuncia a posibles derechos. En la República Mexicana no existen irredentismos y las amputaciones territoriales del siglo xx son admitidas como un hecho histórico irreversible. El culto a los héroes de la guerra contra los Estados Unidos no esconde —como sucede casi siempre en Europa, en Asia o en África— una posible revancha o un expansionismo larvado.

Los programas de los partidos revolucionarios de 1929 a nuestros días (PNR, PRM, PRI) guardan silencio sobre este problema; el PAN pide, en un documento muy reciente,⁷ que el Golfo de California sea considerado un mar interior y, por lo mismo, nacional. Es la única mención en-

⁶ *Patriotism and Nationalism*. Yale University Press. New Haven, 1964, pp. 24-37. En esta obra Doob estudia un caso extremo de nacionalismo (Bolzano o el Tirol del Sur) y, por tratarse de una minoría alógena y separatista, puede evitar, al analizar el nacionalismo desde el ángulo de la psicología social, uno de los elementos esenciales, si no el fundamental, para otros autores: la soberanía nacional.

⁷ Plataforma electoral. 1963.

contrada en los programas políticos que pudiera ser considerada, forzando a la letra y al espíritu, como un amago expansionista.

El segundo elemento constitutivo de la nacionalidad, el pueblo, es parte constitutiva de las ideologías políticas. En él ya no se encuentra el silencio unánime, visto en el punto anterior. Con el pueblo se aparejan dos problemas: el de las clases sociales y el de la raza o razas.

El general Calles, en el discurso donde anuncia la creación del Partido Nacional Revolucionario,⁸ habla de los representantes "del trabajador del campo y de la ciudad, de las clases medias y submedias, e intelectuales de buena fe". De inmediato se advierte la ausencia de una clase —la alta— y de todos los empresarios y de los condicionantes que deberán cumplirse para la admisión de los intelectuales: "que sean de buena fe". Sobre estas líneas van a insistir los programas del PNR y los discursos de sus líderes. En marzo de 1929, en la primera convención de Querétaro, el general Pérez Treviño ataca a la reacción y sitúa por encima de todos los intereses, incluso de los políticos, "los intereses de las grandes masas explotadas y expoliadas a través de los tiempos, cuando ellas significan el factor social de mayor vitalidad y el más importante y respetable de la colectividad mexicana".⁹ Casi todos los discursos pronunciados en Querétaro exaltan al proletariado y atacan a una reacción multiforme, tradicional e inasible. ¿Quiénes son los reaccionarios? ¿Los terratenientes? ¿Los empresarios nacionales? ¿Los extranjeros? ¿Los bancos? A nadie se señala por su nombre, apenas algún embate a los "clericales" y la afirmación de la lucha de clases. Los convencionistas constituyentes del PNR no pueden ser más abiertos en lo que se refiere a su antipatía por la Universidad y la *intelligentsia*. Uno

⁸ *La democracia institucional*. Talleres Tipográficos. El Nacional Revolucionario, México, 1930.

⁹ "Historia del Partido Oficial: Primera Parte: El Partido Nacional Revolucionario. Los primeros años: 1929-1932". *Política*, 15 de mayo de 1963.

de los hombres fuertes del callismo —en la medida en que Calles permitía hombres fuertes— Luis L. León, dijo: "Los gobiernos de casi todos los países sostienen universidades propias en las que se impone siempre la tendencia filosófica, social o jurídica que prive en el gobierno, y en cambio, hasta la fecha, en México hemos visto con tristeza que los conocimientos superiores que se imparten en la Universidad Nacional distan mucho, ya sea por el cuerpo docente de ella, ya sea por la falta de orientación de la misma o por otras causas, de conseguir ese objeto".¹⁰

El vasconcelismo será una de las razones fundamentales de la ruptura entre los intelectuales —o al menos un gran sector de ellos— y la Revolución o, por reducir el conflicto a sus proporciones exactas, con el maximato y el cardenismo. El pueblo tiene sus eximidos. Desde un principio el nacionalismo tiene otros objetivos.

El programa y los estatutos del PNR (1929)¹¹ contienen algunas afirmaciones de nacionalismo económico: en lo referente a los artículos 27 y 123 consideran una obligación del partido cuidar "que las leyes reglamentarias que de ellos se expidan no desvirtúen el espíritu altamente nacionalista y humano de las doctrinas que encierran", o cultural: "Definición y vigorización del concepto de nuestra nacionalidad, desde el punto de vista de los factores étnicos e históricos, expresando claramente los caracteres comunes de la colectividad mexicana. Procurará [la educación], en este orden de ideas, la conservación y la depuración de nuestras costumbres y el cultivo de nuestra estética en sus distintas manifestaciones", o propiamente político: "El PNR declara que el constante e indeclinable sostenimiento de la soberanía nacional debe ser la base de la política internacional de México... Desconocimien-

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Proyecto de programa y de principios y de estatutos que el comité organizador del Partido Nacional Revolucionario somete a la consideración de las agrupaciones que concurrirán a la gran convención de Querétaro*. México, 1929, p. 48.

to de cualquier doctrina extraña que se trate de aplicar a los derechos nacionales e internacionales de México.”

Un rasgo común a todos estos postulados nacionalistas es su timidez y su forma alusiva. No se menciona directamente el conflicto petrolero, ni a la Iglesia, ni a la doctrina nacional. Los programas del PNR van dominados por una contradicción insoluble que se va a perpetuar durante décadas en los partidos llamados revolucionarios de México: considerar, por un lado, la presencia de un conflicto de clases y, por otro, declarar terminada la lucha armada y abierto el periodo de reconstrucción nacional, cuya responsabilidad recae sobre todo el gobierno. En resumen, sólo hay una solución: el arbitraje del Estado y, en los casos graves, no su arbitraje sino su voluntad: “No creo que sea necesario decir que nunca aconsejaría, ni aun movido por un criterio de ciego, respeto a la legalidad, legalidad que en sí misma y dentro de un terreno abstracto de olvido de los hechos o de las necesidades nacionales, sería sólo cosa formal y hueca...” dice el general Calles en el discurso donde anuncia la fundación del PNR. No pudo ser más clara ni indicar de manera más abierta que la voluntad del Estado y la de la nación son una sola y la misma cosa, y que sólo el Estado puede expresar esa voluntad, situada incluso por encima de la ley. Las fricciones con los intelectuales, especialmente con la Universidad, venían produciéndose desde la época de la lucha armada, pero con el discurso de 1928 y el antilegalismo del general Calles habría de acelerarse el momento de la ruptura entre la Universidad (1929) y el régimen, y posteriormente entre una fracción muy importante de los intelectuales y el régimen: el vasconcelismo. Max Weber, en su conferencia sobre el sabio y el político,¹² analizó los tipos de “verdades” utilizados por cada uno de estos dos géneros de hombres y la moral derivada de su uso, concluyendo en la inmoralidad del sabio que pretende utilizar las verdades del político y viceversa. Los intelectuales

¹² *Le savant et la politique*. Plon, París, 1959.

y los políticos de 1929 eran dos mundos mutuamente irreductibles y mutuamente excluyentes.

A la ideología de Calles y del PNR se opone, pues, de manera natural la de los “sabios” de la época. La crítica se basará sobre todo en la brecha que se abrió entre los programas y lo realmente conseguido. Es un tipo de crítica a la que la actividad política se presta con suma facilidad y donde el intelectual encuentra la satisfacción de sus instintos contenidos y de su inacción obligada. Los ataques de un revolucionario, Cabrera, en contra de la Revolución, evidencian el resentimiento inteligente y lúcido del intelectual desplazado e ignorado, pero es, cosa hoy rara, un intelectual aferrado a su trabajo y a su misión, a la crítica no comprometida o, al menos, no asalariada.

En la conferencia pronunciada en la biblioteca nacional el 30 de enero de 1931,¹³ dos años después de la fundación del partido —de la primera institucionalización de la Revolución— Cabrera va a insistir en dos puntos: en el no cumplimiento de los programas revolucionarios y en que esto se debe a la tibieza del nacionalismo de los revolucionarios, tibieza impuesta por una situación internacional: ruptura de los Estados Unidos con Obregón, dificultad de las pequeñas nacionalidades en el mundo y sobre todo “la revolución económica iniciada en Rusia que se conoce con el nombre de comunismo, la cual ha influido desfavorablemente sobre México, porque siendo los Estados Unidos la nación que ha asumido la jefatura contra el comunismo, y siendo esta nación, al mismo tiempo, vecina nuestra y la que internacionalmente ejerce más influencia sobre nosotros, México se ha visto en situación desfavorable para defender todos aquellos aspectos de su Revolución que pudieran considerarse emparentados con la Revolución rusa”.

Si se justifica, pues, la desviación de la Revolución mexicana por una coyuntura internacional adversa, en lo que se refiere al problema nacional, o sea a la formación de

¹³ Reproducida en *Política*, 15 de abril de 1963.

la nacionalidad —y por ende al nacionalismo posible— Cabrera parte de su ausencia. Como podemos señalar desde ahora, arrancando de la inexistencia del racismo, se va a plantear el problema nacional como un problema de razas de donde derivan los problemas sociales y políticos.

La identificación de raza y cultura es para Cabrera evidente, y sólo en el mestizaje se logrará una homogeneidad étnica capaz de llevar a la democracia y en última instancia a la igualdad. En ella desaparecerán tanto el indígena analfabeto como el empresario extranjero, desvinculado de la nación.

A la par que insiste en la ausencia de prejuicios de raza, insiste en que “la proporción de sangre negra y asiática es insignificante y no constituye un problema nacional aunque es motivo de preocupación local en nuestras costas de Veracruz y Sonora”. Dicho de otra manera, no hay racismo porque no hay un estímulo que lo provoque; la actitud racista es obvia en, por lo menos, este autor.¹⁴

Las ideas de Cabrera sobre el problema racial, en la medida en que son suyas y no de una tradición casi inexplorable, donde Vasconcelos es un exponente muy importante, van a ser dominantes a partir de ese momento, tanto en la ideología gubernamental como entre la oposición: lucha en contra del racismo, necesidad del mestizaje, exaltación “oficial” del indio y de su cultura; pero todo ello culmina en pedir su absorción por el cuerpo nacional. Su salvación lleva a su desaparición. Esto no debe extrañar, pues toda nación exige la igualdad —cuanto mayor, mejor— de sus nacionales y la homogeneidad de éstos. La mejor manera de evitar el racismo es eliminar el problema al hacer desaparecer “las razas”; son raros los

¹⁴ La preocupación por los grupos raciales es una constante de la literatura política y social de México. Desde el opúsculo de Alberto María Carreño, *El peligro negro*, hasta el racismo y especialmente el antisemitismo de S. Borrego hay una línea continua en la que aparecen nombres tan importantes como Bulnes, Molina Enríquez, E. Schulz, Vasconcelos, Chávez Heyhoo, etc. El problema racista adquirió una acuidad marcada en los años 1910-1920.

escritores mexicanos del siglo xx que no han aceptado esta posición.

El punto de coincidencia entre los revolucionarios callistas y la ideología de Cabrera está en la necesidad de lograr una cultura homogénea, sólo posible de obtener a través de la lengua. Y si el primer programa del PNR pedía la “conservación y depuración de nuestras costumbres y el cultivo de nuestra estética en sus distintas manifestaciones”, Cabrera considera un error “la moderna tendencia de resucitar ciertas costumbres y artes indígenas, como sería un error pretender el predominio social y la hegemonía política del indio sobre el mestizo y el criollo”. En esto el ataque va más en contra de los intelectuales unidos a la Revolución que en contra de los programas revolucionarios, pues éstos esperan encontrar un vínculo nacional en el castellano. Sobre este tema no quita el dedo del renglón y no olvida que “casi todas las familias acomodadas que tienen hijos o hijas que educar los han enviado a colegios norteamericanos, lo cual ha aumentado mucho la cantidad de personas que en México hablan el idioma inglés, sin haber conservado una base suficiente de español para afirmar el uso de éste como lengua madre”, y advierte cómo el estudio del inglés está motivado por la “empleomanía comercial”.

Inútil señalar la posición de Cabrera en lo referente al rescate de los recursos naturales, “que la Revolución no ha podido nacionalizar”, ni el hecho de que en México “no llevamos trazas de tener una industria nacional”. Recomendará, finalmente, “fijar las respectivas situaciones del capital y del trabajo en condiciones tales, que puedan desarrollarse las industrias mexicanas y competir con los artículos de importación”.

Si consideramos esta censura como un resumen de la posición de los intelectuales ajenos al maximato —y la violencia de las réplicas nos autoriza a suponerlo— la separación entre el programa político y la acción política, el no querer aceptar abiertamente la situación de la na-